

WASQA. EL JUICIO DE DIOS

Lorenzo Mur Sangrá



Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

© 2009 Lorenzo Mur Sangrá. Reservados todos los derechos
© 2009 ViaMagna 2004 S.L. Editorial ViaMagna. Reservados todos los derechos.

Primera edición: Abril 2009

ISBN: 978-84-92688-26-5

Depósito Legal: M-9278-2009

Impreso en España / Printed in Spain

Impresión: Brosmac S.L.

Editorial ViaMagna
Gran Vía de Carlos III, 84
Entresuelo 3º
Barcelona, 08028
www.editorialviamagna.com
email: editorial@editorialviamagna.com

NOTA DEL AUTOR

La Historia real es tan apasionante y llena de incógnitas que supera cualquier novela de ficción. Las páginas que vas a leer son una recreación histórica de un mundo repleto de vertiginosos cambios que modelaron y definieron la Europa de la Plena Edad Media. Lo que sucedió en la península en el siglo XI ha marcado, completamente, la historia de la humanidad: ¿qué hubiera sido de una Europa cristiana sin el aporte de portugueses y españoles?, ¿qué hubiera sido de una España musulmana?

En esta aventura he disfrutado contándote cómo y por qué los cristianos avanzaron tan rápido a fines del XI, cómo vivían y se organizaban las sociedades peninsulares, quién y por qué hizo de la guerra entre religiones una obligación, qué sustentaba las ideas misóginas, por qué nacen las cruzadas, qué dividió a los musulmanes, qué impidió a los invencibles almorávides rescatar a los andalusíes, para qué utilizaba el Papa las parias sarracenas, cómo eran las tácticas militares medievales, cómo la Iglesia y los nobles subyugaron la libertad de nueve de cada diez hombres, cómo el Islam y el Cristianismo se influyen y copian, cuál es el origen de muchas tradiciones ahora repulsivas... todo en un momento en el que la paz y la convivencia entre religiones se quebró bajo las arremetidas cristianas.

Pero, ante todo, me ha apasionado recrear las peripecias de algunos hombres y mujeres que, como doña Sancha, Al-Mustaín Billah o Sancho Ramírez, hicieron historia, una historia apasionante y viva, y que aquí, conviven con gentes con las que, quizás, coincidieran. Espero no defraudarte, como ellos no lo hacen conmigo.

Muchas gracias.

PARTE I

ODIO

I

LA FUENTE

La asamblea, según lo había dispuesto Iohan y si nada ni nadie lo impedía, sería con la luna en ascenso, en la vieja fuente del camino de los cerezos. Desde una pequeña abertura natural en las rocas calizas, brotaba, dulcemente, un chorro continuo de agua. Discurría sin apenas ruido hasta el Barranco de la Bruja, donde iniciaba la travesía que lo llevaría hasta el caudaloso Aurín. Según contaban las más viejas, en este lugar habían acaecido extraños sucesos, y no era raro que, en las noches de luna llena, se viera sobrevolando la fuente a seres demoníacos. Sus gritos, si el sueño tardaba en llegar, se podían oír con frecuencia confundidos con los de los animales salvajes.

Era el mismo lugar donde, desde tiempos ancestrales, se habían reunido los habitantes de Acumuer. Allí se realizaban las fiestas que servían para conmemorar la llegada de la primavera y el final del invierno, adonde se acudía después de recogidas las mieses para celebrar el gran festín de gracias a la naturaleza, el lugar en el que se tomaban las grandes decisiones... Tiempo atrás, la Iglesia, apoyada por los poderes públicos, había prohibido que se desarrollara en la fuente cualquier tipo de celebración; pero no lo consiguió, así que la asimiló y la convirtió en un espacio santo. Era la mejor forma de

LORENZO MUR SANGRÁ

“vencer” al enemigo. El sacerdote vertió en ella agua bendita y colocó cuatro pequeñas cruces de madera a su alrededor: el manantial había pasado a ser un regalo de Dios, pero no mudó su nombre. Su uso había dejado de ser un peligro para los hombres y mujeres del pueblo, incluso el propio párroco se servía de ella para la limpieza de sus enseres sacros.

Solo había una limitación: el agua únicamente podía tomarse de día. Al anochecer, nadie podía permanecer allí ni, por supuesto, beber o sumergirse en su interior. Eran muchas las historias que se contaban sobre los que habían hecho mal uso del agua. Decían que un pastor despistado se había valido de ella para saciar su sed y se había vuelto loco, recorriendo desnudo las calles del pueblo durante las frías noches del invierno; hasta que, un día de tormenta, un rayo se lo llevó del mundo de los vivos. También una doncella incauta bebió después de que el sol se ocultara tras el monte de Frondollón y, perdiendo toda su conciencia, esa misma noche salió de su casa para unirse con el Diablo; desde entonces regresa todos los aniversarios sobrevolando el pueblo, buscando un lugar por donde penetrar. Solo se lo impiden los espantabrujas de las chimeneas. Aleccionados por estos ejemplos, todos los cristianos deben huir de la Fuente de la Bruja cuando el sol va a ocultarse; incluso el arrullo de sus aguas esconde un encantamiento que hace perder la voluntad. Si se camina cerca de ella, cuando acecha la penumbra, hay que recitar salmos y oraciones divinas que nos impidan caer bajo su dominio, pues es mayor su poder en la tierra que el canto de sirenas en el mar.

La fuente era también el lugar donde, ancestralmente, se convocaba la asamblea popular para decidir los asuntos comunes, hasta que se construyó la iglesia y las reuniones pasaron a realizarse en los soportales de la entrada al templo. No obstante, al prohibir el señor de Acumuer cualquier junta de campesinos, se retomó el viejo emplazamiento para las reuniones clandestinas.

EL JUICIO DE DIOS

Esa noche los lugareños sabían que, si el conde se enteraba de que se habían citado, serían acusados de superchería. Sin embargo, el riesgo no parecía haberles influido demasiado y uno a uno fueron llegando todos ellos, sin faltar ninguno.

Desde la Fuente de la Bruja, Acumuer quedaba a una distancia no superior a la que la separaba del puente que cruzaba el río, apenas trescientos pasos. Los aldeanos, para recorrer el camino, portaban antorchas de hierba seca prensada al máximo. Hasta el más joven de los campesinos sería capaz de recorrer el trayecto con los ojos vendados pero, de noche, no se podía caminar sin una luz protectora: en cualquier momento podía atacar el Maligno. Por supuesto, solo acudían los hombres libres; las mujeres, los solteros y los siervos no formaban parte de la asamblea.

Solo dos casas estaban situadas más allá de la iglesia, por lo que esperaban no despertar al sacerdote en su tránsito hacia la fuente. Seguramente, el vino habría hecho ya su efecto en él, y roncaría embriagado encima de su jergón. Esos días el conde estaba ausente, como solía suceder en los meses de verano, así que podían acudir tranquilos. En el estío, abandonaba el pueblo para participar en las campañas contra los musulmanes, las aceifas, así que era una noche adecuada para celebrar la reunión.

El manantial estaba en una pequeña depresión del terreno, por lo que las antorchas de los campesinos, clavadas a su alrededor, no iluminaban lo suficiente como para ser vistas desde el pueblo. La precaución era excesiva porque don Belengario, el cura, jamás salía de noche, y la luna llena confundía el resplandor de las teas con la luz nocturna; pero todo desvelo era necesario si no se quería despertar la furia de don Galindo Dat, el señor de Acumuer.

Iohan de Piedrafita había sido el convocante de la asamblea, así que le correspondió a él dar a conocer los motivos de la misma y justificar el enorme peligro que suponía su

LORENZO MUR SANGRÁ

presencia allí. Los asistentes se habían ido sentando sobre las deformes piedras del barranco para evitar el contacto con la hierba húmeda mientras entablaban una animada conversación de susurros con sus convecinos. Cuando Iohan comprobó que habían llegado todos, los invitó a acercarse.

—Compañeros, aproximaos lo máximo posible —dijo al desperdigado grupo, sin gritar en demasía—. Formemos un círculo.

Los que se hallaban más lejos se acercaron con cierta desgana. Iohan se había situado de espaldas a la fuente y era el único que permanecía de pie. Su fuerte silueta se dibujaba perfectamente sobre los resplandores de las antorchas. De mirada castaña, limpia y sencilla, sus cabellos claros alcanzaban sus hombros.

Una vez dispuestos todos a su alrededor retomó la palabra:

—Nosotros, los que estamos aquí somos hombres libres, no siervos, pero don Galindo cada vez nos exige más cargas y nos dice que somos sus vasallos. Pero, ¿acaso alguno de vosotros le ha jurado fidelidad?, ¿lo habéis besado en la boca?, ¿acaso os habéis arrodillado como perros sumisos ante él? —negó más que preguntó—. ¡No! Todos nacimos libres, ninguno de nuestros antepasados ha admitido más fidelidad que a su familia y su tierra —continuó firme y demasiado alto para los más temerosos—. ¿Por qué ahora se nos equipara con los hombres que no poseen nada ni han luchado por su libertad? ¿Somos tan miserables que no nos merecemos un trato digno?

Casi instintivamente, mientras decía estas palabras, muchos de ellos movían la cabeza en un gesto de negación: tenía razón, ellos eran montañeses, hombres sin más señor que el cielo pirenaico.

El conde don Galindo había sido designado por el monasterio de San Iohan de la Peña para dirigir sus asuntos en todo el valle de Acumuer, pero desde hacía años actuaba a

EL JUICIO DE DIOS

su antojo, sin rendir cuentas a nadie. El abad de San Iohan, Paterno, se sentía incapaz de reconducir la situación y se conformaba con un pequeño tributo que anualmente le enviaba el conde.

—No debemos permitir que intente tratarnos como si fuéramos siervos suyos —continuó.

—Iohan, yo lo odio tanto como tú, pero ¿qué podemos hacer frente a él? Tiene armas y caballos. A todos nos ha intimidado alguna vez con su espada —muchos asintieron y los que no, no lo hicieron por vergüenza—. Un día vino con dos hombres a caballo mientras recogía las judías —con cierto pudor, Blasco narró una escena que intentaba, sin conseguirlo, borrar de su mente—. Me dijo que la cosecha había sido excelente y que sería conveniente asegurar para el año que viene el sustento. Al principio no lo entendí y conversé con él creyendo que quería comprarme parte de ella. Pero sus caballos empezaron a comer lo que tenía recogido en el cesto. Se lo dije, pero siguió hablando como si no me escuchara; entonces, intenté apartar el cesto, pero se movió de tal manera que me era imposible alejarme de él. Se lo comieron todo. Luego me avisó de que al día siguiente volvería y que esperaba que le diese la parte que le correspondía por utilizar el agua de su río. Así lo hice, ¿qué otra cosa podía hacer? —preguntó resignado, mirando hacia el suelo.

—Uno de mis campos, el del manzano, limita con uno suyo —continuó Mancio, un hombre menudo que ocupaba casi el centro del deforme semicírculo—. Mandó a Patricio, su administrador, y me dijo que la linde había sido movida y que mi campo ocupaba su parte. Le contesté que siempre había estado así y que yo no había modificado nada. Al día siguiente, volvió con varios siervos y aseguraron que ellos habían trabajado esas tierras y que llegaban hasta el mismo manzano. Me opuse, pero fue en vano, me rodearon y me amenazó, siguiendo las costumbres ancestrales, con cortarme el brazo

LORENZO MUR SANGRÁ

por haber movido los mojones. Me tiró al suelo con su caballo e hizo que me pisara; todavía llevo su marca —se abrió la camisa señalando su costado izquierdo, en el cual dos costillas, pese a la penumbra, se distinguían hundidas por la presión de los cascos—. No me quedó más remedio que aceptar su trato. Ahora sigo cultivando todo el campo, pero debo darle una décima parte de lo que recojo. En el mes de junio viene para calcular la cosecha que obtendré y fijar la parte que debo entregarle para San Iohan.

Un murmullo recorrió la fuente, todos estaban indignados. La mayoría había sufrido sus iras y conocía lo que les había pasado a sus vecinos, pero el orgullo montañés les había impedido hablar de ello. Ahora, en la confianza de la noche, se mostraban dispuestos a contar sus traumáticas experiencias y, quizás, librarse de su carga silenciosa.

—Hay que ponerle freno —aseveró Iohan.

—Pero, ¿cómo? No podemos luchar contra él —dijo Domenke, un campesino corpulento muy amigo suyo que ocupaba uno de los extremos.

—Podemos intentarlo. Debemos negarnos a convertirnos en siervos suyos sea como sea —dijo Iohan—. Uno a uno no podemos hacer nada, pero todos juntos sí —les dijo casi susurrando—. El próximo domingo vendrá para comprobar la recaudación; es entonces cuando debemos hablar todos con una misma voz. Si nos ve unidos, no se atreverá a hacernos nada.

—Pero, ¿quién hablará? —preguntó Velascio, sentado al lado de Domenke y callado hasta entonces.

El grupo dirigió sus miradas a Iohan.

—Lo haré yo —dijo finalmente éste para alivio de todos.

Tal como habían llegado, los campesinos regresaron uno a uno para no atraer la atención de nadie. Temían ser vistos por los siervos del señor o por don Belengario, su hermano cura. Con sus pequeñas antorchas, volvieron al espacio habita-

EL JUICIO DE DIOS

do, al mundo de los hombres, alejándose del de las sombras. Iohan lo hizo en último lugar acompañado de Domenke.

Al día siguiente, todos continuaron sus tareas cotidianas sin revelar el secreto de la noche anterior. Apenas quedaban tres días para el domingo.

El sábado, como habían previsto, llegó don Galindo a la villa. Acompañado de tres caballeros y de su fiel y violento Gombaldo, su lugarteniente, cruzó con calma el puente de madera que habían construido los campesinos sobre el Aurín. Al lado, permanecía semicaído un viejo puente romano de piedra, cuya estructura central sobresalía de entre las aguas del río y sobre el cual se habían colocado tablones de madera unidos por cuerdas, para permitir el tránsito de carretas; pero era tan frágil que solía desplomarse siempre que el río llevaba más agua de la habitual. A don Galindo, cada vez que llegaba a Acumuer, le gustaba ser observado por todos, de tal manera que hacía sonar un cuerno desde el puente para avisar a su hermano, el sacerdote, de que debía voltear las campanas de la desvencijada iglesia. Todos tenían que saber que había llegado. Esa mañana, don Belengario yacía en el suelo del templo. Estaba allí desde la noche anterior, cuando el aguado vino lo embriagó. Perezosamente, se levantó, y el repique de campanas resonó por todo el valle. La llegada de su hermano significaba el fin de su descanso. Salió a recibirlo, como siempre, a la puerta de la iglesia.

Don Galindo portaba un brial rojo sobre una innecesaria pero firme y compacta cota de malla que le cubría todo el pecho. Se adornaba con anillos, llevaba engarces de oro y plata en la silla de su caballo y en su espada, botas de piel de nutria, calzas negras de fina lana... Su rostro estaba dominado por una barba excesivamente poblada, casi descuidada, cuyos pelos acudían a las comisuras de sus labios con demasiada facilidad. Sus oscuros ojos, pequeños e intrigantes, solían

LORENZO MUR SANGRÁ

brillar con sus malos pensamientos. Su hermano no era mucho más agraciado que él; además su cintura era mayor y sus espaldas caídas lo hacían más viejo de lo que era. Rasurado toscamente, había algo que lo asemejaba a su hermano aunque sus ojos no fueran tan penetrantes.

—Hermano, qué grata y oportuna visita, entra en la casa del Señor.

—Luego vendré —contestó con desdén don Galindo, pasando de largo ante la desharrapada imagen de su hermano.

—Debemos hablar lo antes posible —insistió rápida y maliciosamente, avanzando con torpeza hasta alcanzar de nuevo a su hermano. Sus sacerdotales vestidos habían sido alguna vez de gran valor, pero ahora se mostraban raídos y faltos de color, similares a los de los campesinos. La decadencia de su iglesia era más que evidente.

—Está bien, ven conmigo. Tu voracidad es mayor que tu fe —don Galindo sabía que su hermano, con variados pretextos, intentaba siempre compartir mesa con él porque, ciertamente, su insaciable apetito era tres veces superior al de un caballero—. Daremos cuenta de ese pan candeal antes de que los gusanos se ceban con él. Estos malditos campesinos no logran darme más que migajas.

El grupo formado por don Galindo Dat, los cuatro caballeros que lo acompañaban y el cura, penetró en la casa del noble. De entre sus caballeros destacaba la figura de Gombaldo. Era su mano derecha y el que siempre lo acompañaba en todas sus campañas. A imagen de su señor, era un ser cruel que no dudaba en usar la espada para lograr su objetivo.

La vivienda del conde y su torre anexa eran las únicas construcciones de Acumuer con más de una altura al exterior. En el piso inferior de la casa, compartían el espacio un hogar situado en el extremo izquierdo de la estancia, pegado a la pared, y una bodega con despensa donde se preparaba la comida. En ésta, destacaban dos grandes cubas repletas de agua, recogida

EL JUICIO DE DIOS

directamente de la lluvia a través de unos travesaños cóncavos pendientes del techo. Ambas se cubrían con tapas de madera que ahora reposaban en el suelo. También había sacos de cereal apilados en uno de los extremos y restos secos de animales y racimos de uvas colgados. En el suelo, en desorden, podían encontrarse todo tipo de verduras: nabos, cebollas, berros, ajos, habas, puerros, lechugas... muchas de ellas en estado de putrefacción, lo que fomentaba la presencia de multitud de insectos, que en nada los incomodaban y que recorrían libremente la estancia. La cubertería se disponía sobre una pequeña mesa, limitándose a varias escudillas de plata y a las ollas de barro con los utensilios necesarios para la preparación de los alimentos: cuchillos, cucharas, pinchos... la mayoría de madera de boj.

Ninguno de estos espacios estaba separado por muros, de tal manera que la habitación era totalmente diáfana y su distribución variaba dependiendo de las necesidades. A la parte superior se ascendía por una escalera de madera que daba acceso a una estancia, aproximadamente de igual tamaño que el espacio inferior, donde se encontraban los jergones para el descanso. Destacaba un catre, delimitado por un dosel del que pendían unas rudas telas de cáñamo, en el que se habían colocado sábanas de lino blanco junto a varios cojines. En el mismo cuarto había un arcón realizado con madera de cerezo, donde se guardaban todo tipo de objetos, desde finas ropas hasta armas. En el suelo se disponían, apilados, montones de paja de trigo para el descanso de los demás ocupantes de la casa.

Colgaban de las paredes, a modo de tapices, rudos tejidos de lana y pieles de animales que se podían desprender y utilizar como cubierta en las noches frías. El señor descansaba con sus caballeros en la parte superior. Desde que enviudó, don Galindo permanecía solo porque no hallaba mujer noble que colmara sus aspiraciones de engrandecimiento. Sus

LORENZO MUR SANGRÁ

instintos sexuales los satisfacía en sus campañas en el llano y en las desprotegidas campesinas.

Al lado de la vivienda señorial, se hallaba la torre de piedra que la protegía, cuya altura y fortaleza destacaban sobre el resto. Terminaba en un tejado plano de fusta que servía, además, como puesto de vigía. Su acceso era, por seguridad, a través de una escalera exterior que comunicaba directamente con el segundo piso; el primero estaba totalmente cerrado como una bodega. En la parte inferior, se conservaban los alimentos de los siervos y vasallos, el resto estaba en la propia casa señorial.

Anexa a la torre, se disponía la habitación de una familia de domésticos. Éstos se ocupaban de servirle, de los animales de corral y de cultivar algunas de sus tierras. Cuando el señor llegaba a Acumuer, debían dejar todas sus labores y ponerse a su disposición. Ahora, la familia la componía un matrimonio con sus tres hijos. Ninguno de ellos tenía nombre, o al menos eso creía don Galindo, para él eran simples objetos, animales que mal hablaban. Vivían todos en una única sala de reducidas dimensiones y tenían como sustento una parte de lo que obtenían de las cosechas de las tierras que les había dejado el señor. Si eran pillados tomando algo de la casa señorial, aunque estuviera podrido, serían ajusticiados como ladrones y usados como divertimento hasta la muerte.

Los tres hijos estaban famélicos e incluso el menor presentaba rasgos físicos propios de padres pecadores. Sus figuras eran esqueléticas: desdentados, con el pelo largo, enredado y sucio, arguellados... parecían cadáveres resucitados de sus nichos. El señor controlaba toda su vida sin que nada pudieran hacer a su voluntad. No recordaban haber sido libres nunca, habían nacido esclavos y lo seguirían siendo generación tras generación. Antes tenían un hermano más, pero el amo se lo llevó un día de caza y volvió sin él. Sus padres no

EL JUICIO DE DIOS

se atrevieron a preguntarle: los exaricos como ellos no podían hablar a su señor natural sin ser preguntados, le pertenecían como bestias parlantes que eran. Varias personas maliciosas les habían comentado que, en algunas de sus borracheras, don Galindo se había jactado de haberlo saeteado confundiéndolo con un cerdo salvaje.

Al entrar en la vivienda, la familia de mezquinos se arrodilló frente a don Galindo.

—No os quedéis ahí como inútiles. ¡Poned la mesa y preparadnos algo de comer! —les gritó el conde dando un puntapié al padre.

Rápidamente, dispusieron dos caballetes en el centro de la estancia, sobre los que colocaron un gran tablón de madera. Los hijos depositaron en él los cuencos, el pan y cuanto alimento encontraron, pero no pudieron impedir que don Galindo volviera a gritarles y pegarles.

—¡Rápido! ¡Traednos vino, bastardos! —el miedo se adivinaba en sus torpes movimientos; don Galindo disfrutaba viendo su incontestable poder.

La mujer les sirvió dos grandes copas de plata en las que vertió el vino de una bota. Su marido apareció entonces con una bandeja sobre la que había colocado varias palomas asadas presurosamente al oír el volteo de las campanas.

Apenas habían terminado de llenarles las copas cuando los dos hermanos les dieron tan buen recaudo que pareciera que llevaban varios días sin beber. Solo después se sentaron y, con un gesto, echaron de la habitación a los mezquinos.

—Hermano, los aldeanos han vuelto a reunirse en la fuente —dijo don Belengario, tomando en su mano una de las grasientas palomas torcaces.

—Asquerosa banda de ladrones —el estado de malhumor permanente del conde se acentuaba—. ¿Quiénes fueron?

—No lo sé. Por la noche escuché algunos ruidos y vi cómo varias antorchas iluminaban las calles. A la mañana

LORENZO MUR SANGRÁ

siguiente, fui a la fuente y, en el suelo, había colocadas en círculo quince piedras y sus correspondientes agujeros para clavar las antorchas.

—¿Quién la convocó?

—Creo que fue Iohan, el de casa Piedrafita. Es el único que ha rehusado en público ceder el diezmo y también se niega a pagar a tu administrador. Seguramente él será el que está alborotando al resto.

—¡Gombaldo, tráeme a ese hombre! —hasta ese momento su lugarteniente había permanecido de pie en la estancia, bebiendo vino aguado y comiendo pan moreno, junto a los otros tres caballeros.

Gombaldo señaló a sus acompañantes y salieron en su busca. Enseguida lo hallaron en uno de los campos, dejado en barbecho durante ese año, arrancando las malas hierbas. Sin darle explicaciones, lo llevaron a la casa del conde. Al entrar, los caballeros lo empujaron arrojándolo casi sobre la mesa, repleta ahora de los restos de la comida.

—Señor —dijo Iohan—, ¿puedo servirle en algo? —su pregunta no estaba teñida tanto de temor como de sorpresa. ¿Por qué lo habían llevado allí? No se imaginaba qué asunto podía ser tan grave como para reclamar su atención urgente, incluso se le pasó por la cabeza la posibilidad de que los musulmanes estuvieran ascendiendo por el monte del Repós y tuvieran que huir otra vez al bosque hasta que los sarracenos regresaran al llano, después de destruir sus casas y pertenencias.

—Sé que te has negado a pagar tus impuestos y que os habéis reunido para joderme —tras un largo trago, don Galindo continuó—. No queréis pagarme lo que justamente me merezco e incluso estáis dispuestos a atacar a mi persona.

Iohan pudo notar el odio de sus ojos clavado en su rostro.

—Señor, no es del todo cierto lo que dice —puntualizó conciliador.

—¿Me estás llamando mentiroso? —repuso irritado, el conde, golpeando la mesa con sus puños.

EL JUICIO DE DIOS

—Hijo, estás en presencia de un hombre de la Iglesia. Dios lo ve todo y me lo hace saber. ¿Por qué os reunisteis? ¿Quiénes estabais? —don Belengario intentaba hablar con voz melosa, pero la carraspera de la borrachera pasada se lo impedía.

Iohan no sabía cómo habían podido enterarse, pero si solo lo habían llamado a él era porque lo habían visto; si no, los habrían citado a todos o, al menos, a alguno más, pero habían ido directamente a por él. Seguramente uno de los siervos lo viera regresar tras la reunión o alguno lo habría denunciado para congraciarse con el conde.

—No fui a ninguna reunión. Estaba yo solo —admitió Iohan intentando salir del embrollo sin denunciar a sus vecinos.

Don Galindo se levantó del banco y golpeó con fuerza el rostro de Iohan, derribándole de una bofetada. Sus anillos se clavaron en su rostro y le arrancaron parte de la piel, haciendo que empezara a manar abundante sangre.

—¡Puerco mentiroso! Ahora mismo te voy a matar —su mano se dirigió presta a la espada, pero, antes de que la sacara del cincho, el sacerdote medió en la disputa con una hábil estrategia.

—Iohan, si no te has reunido con nadie de esta villa, ¿acaso ha sido con el Diablo?

—No —repuso asustado. Iohan no sabía qué decir. No había pensado en que pudieran acusarle de brujería—. Yo, yo... no sé por qué fui allí —acertó a decir.

Don Belengario miró al conde dejando adivinar en su expresión sus intenciones.

—Hermano, este hombre ha podido pactar con Satanás. Como sacerdote de este pueblo y guardián de sus almas, os pido que lo encerréis hasta que confiese su culpa.

—No voy a encerrarlo. A un brujo se lo mata —don Galindo no estaba acostumbrado a que nadie le llevara la contraria. Acababa de llegar de luchar contra los sarracenos en el llano y su espíritu todavía estaba sediento de sangre, así que

LORENZO MUR SANGRÁ

no estaba dispuesto a que un campesino que nunca había empuñado una espada se dirigiera a él en ese tono. Desde que llegó a Acumuer estaba enfadado y ese contratiempo no hizo sino espolpear su carácter irascible y violento.

Belengario apartó a su hermano mientras Iohan seguía en el suelo.

—Galindo, si lo matas aquí, nadie verá lo que ha sucedido y no aprenderán lo suficiente. Júzgalo por brujo ante todos —intentó persuadirle—. Colguémoslo por pactar con el Demonio y expongámoslo a la entrada del pueblo para que todos, día a día, lo vean descomponerse y te teman y respeten.

El conde miró a Iohan, tendido en el suelo esperando su respuesta sin defensa posible. Tras meditar unos instantes, los ánimos de Galindo parecieron apaciguarse.

—Está bien, lleváoslo. Mañana lo juzgaremos.

Gombaldo llevó a Iohan al corral, donde, con una fuerte soga, lo ató con placer a una de las vigas como si de un animal se tratara. Después se dirigieron a su casa. La mujer de Iohan, Orosia, acababa de regresar del lavadero. Nada más llegar, dejó una húmeda camisa de cáñamo, la paleta y la pastilla de jabón de grasa de cerdo encima de la única mesa de toda la estancia y se dirigió al corral para mirar si estaban allí sus dos hijos: Banzo y Lorient. Los halló jugando y peleando encima de unos hormigueros de sarmientos.

—No piséis ninguna de las plantas o mañana, después de trabajar con vuestro padre, me ayudaréis con la colada —les recriminó.

Aunque eran mayores —ya tenían diez y once años respectivamente—, solo ayudaban en el campo esporádicamente porque las escasas tierras que tenían podían trabajarse la mayor parte del año con la fuerza de sus padres; sin embargo, en otros momentos, todas las manos eran escasas.

Orosia siempre tenía un aire jovial y vitalista. Su melena castaña clara solía arremolinarse sobre su rostro de

EL JUICIO DE DIOS

recta y pequeña nariz inundando unos finos labios que guardaban su blanca y completa dentadura. Para ser mujer no era pequeña —llegaba hasta la barbilla de su marido—, y mantenía, pese a los partos y el duro trabajo, unas proporciones y una figura muy apetecible. Iohan tenía suerte.

Instantes después de haber regañado a sus hijos, Orosia oyó una voz que la llamaba desde el quicio de la puerta.

—¡Orosia! —gritó don Belengario. Un poco apartados de él estaban su hermano y sus hombres, que se divertían apedreando a unos siervos que se habían cruzado, inoportunamente, en su camino. Las piedras los persiguieron por toda la calle y más de una les dio en sus curvadas espaldas abriendo incluso alguna cuquera en sus cabezas.

—Señor cura, ¿a qué debo esta visita? —respondió cautelosa. Nadie en el pueblo se fiaba de don Belengario.

—Tu marido ha confesado crímenes crueles cometidos con ayuda del Diablo —mintió sin ningún pudor ni atisbo de duda mientras su mirada se fijaba en la de Orosia, intentando penetrar en su limpio pensamiento.

—Pater, no sé de qué me habla. Mi buen marido Iohan es incapaz de cualquier fechoría.

Orosia no salía de su asombro. ¡Cómo iba a ser eso cierto! Sin su permiso, don Galindo y sus hombres comenzaron a recorrer la sala en la que se encontraban, desde la cocina a la pequeña estancia del altillo en busca de algo que pudiera serles útil para su acusación. Con desgana, vertieron el badil donde Orosia lavaba el lino, pero tampoco hallaron nada que les sirviera.

El mobiliario era bastante escaso. La casa de Iohan tenía unas dimensiones reducidas muy similares a las de sus vecinos. De una única altura exterior con un pequeño desván, se podían distinguir varias estancias ligeramente compartimentadas. En el centro, se disponía una mesa de madera cerca de la cual se hallaban dos bancos de pino; en ella permanecían

LORENZO MUR SANGRÁ

todavía los enseres del lavadero. En el otro extremo, estaba el hogar, donde se acumulaban los restos de ceniza. La comida se recogía en un habitación anexa de escasas dimensiones. Allí se podían ver algunos sacos medio llenos de harina de trigo, centeno, escanda, cebada... y otros en los que permanecía el grano sin moler. Colgando del techo había piezas de carne curadas para mantenerse durante largo tiempo, racimos de uvas, higos hilvanados, huesos raídos, membrillos... El pequeño huerto estaba situado hacia el Sur para aprovechar al máximo la luz solar y lograr unos buenos rendimientos. También hacía de improvisado corral, por donde vagaban en ese momento algunas cacareadoras gallinas y un par de gallos, y en el que se guardaban los escasos enseres agrícolas que tenía el matrimonio: un arado de madera y lajas de piedra, palos cavadores, hoces de fusta...

—Sabrás que hace unas noches tu marido abandonó el lecho conyugal y se dirigió a la espesura del bosque —continuó don Belengario. El cura de Acumuer siempre había sentido animadversión por la mujer de Iohan. La consideraba peor que Jezabel, seduciendo a sus feligreses con su cuerpo y sus plantas demoniacas.

Orosia sabía perfectamente las razones que habían llevado a su marido a ausentarse durante unas horas al anochecer, pero desconocía la respuesta de su cónyuge, así que aparentó no saber nada.

—No, señor.

En ese momento, uno de los hombres apareció con una rama seca en su mano.

—Sacerdote, he encontrado esto.

Don Belengario observó el ramillete de hierbas que portaba y esbozó una sonrisa de alegría girando la vista hacia su hermano. Don Galindo se acercó a él y tomó en sus manos "el descubrimiento" sin saber el porqué de su valor.

—¿Qué es esto, hija mía? —inquirió don Belengario con la seguridad del que se sabe triunfador.

EL JUICIO DE DIOS

—No lo sé —respondió escuetamente Orosia, sin apenas mirar la planta.

—¿La has recogido tú?

—No —contestó lacónicamente.

—Entonces ha sido tu marido... o alguno de tus hijos —prosiguió con cierta impaciencia esperando en la premura el fallo en la réplica.

—No, señor. No sé cómo pudo haber llegado hasta allí —el nerviosismo de sus palabras denotaba la preocupación ante las pesquisas del servidor de Dios, se sabía atrapada—. Quizás la trajo el viento o alguna tormenta —acertó a decir como burda excusa.

Orosia conocía perfectamente la planta que le mostraban: era hinojo. Todos la utilizaban para protegerse de las brujas. Colocada sobre el tejado, impedía que entraran por la chimenea. Ella solía cambiar periódicamente las ramas para que su efecto fuera perdurable, ya que las continuas tormentas lo destrozaban. Lo recogía en el cementerio porque allí era más abundante por el abono natural que tenía la tierra. Habitualmente no iba sola, sino que la acompañaban otras mujeres con el mismo propósito, sólo su sexo podía hacerlo. Siempre iban al anochecer, para no ser vistas y, además, de todas era sabido que las propiedades de las flores eran mayores a la hora del ocaso. Don Belengario había condenado duramente en sus sermones estas supersticiones pirenaicas pero, ocultas a sus ojos, se seguían manteniendo. Y él lo sabía.

Apenas había terminado de contestar cuando otro de los vasallos llamó su atención:

—Mosén, aquí hay todo tipo de plantas.

Y así era. En la falsa de la cocina hallaron muchas raíces y flores secas mezcladas con plantas de cultivo o de tinte: avena, granza, glasto, habas, guisantes, judías...

—Hija, será mejor que digas la verdad. ¿Qué es todo esto? —el interrogatorio de don Belengario dejó de ser

LORENZO MUR SANGRÁ

agresivo. Ya no hacía falta ninguna confesión, tenía las pruebas definitivas.

—Son plantas medicinales y de tinte, mi señor —Orosia no pudo ocultar más el destino de sus "recolectas".

—Dirás plantas del Demonio —repuso enfadado don Belengario agitando algunas de ellas antes de tirarlas al suelo y pisarlas—. Supercherías de mujer.

Don Galindo estuvo callado durante todo el registro y el interrogatorio que sufrió Orosia. La mujer de Iohan era conocida en todo Acumuer por su sabiduría en plantas silvestres; muchas veces sus convecinos acudían a verla con el fin de solicitarle remedios para sus males. No era la única que conocía sus propiedades, pero sí la que mejores resultados obtenía y, además, nunca había ofrecido sustancias extrañas a sus vecinos ni se aprovechaba de sus dolencias. Otras mujeres tomaban brebajes extraños que les reportaban interesantes experiencias que relataban a la luz del día, causando el miedo y la curiosidad en el resto del lavadero. Los hombres nunca participaban en estos asuntos, eran cosa de mujeres...

Orosia conocía perfectamente los ramilletes de hojas y raíces que guardaba: ramas de rusco que preservaban de las enfermedades y protegían de las brujas, adormidera para relajar el cuerpo, yemas de álamo negro para calmar las heridas, beleño para el dolor de muelas, raíces de lirio para perfumar la ropa, cardamomo para el cabello, regaliz para el aliento, sarmientos de vid y fresno macerado en vinagre para las canas... pero no había ni estremonio, ni ruda, ni cicuta, ni lengua de perro, ni ninguna otra planta de efectos mortales que solían utilizar aquellas a las que llamaban brujas en sus brebajes. Sin embargo, sí que hallaron en el centeno el cornezuelo, fruto de su corrupción.

—¿Podrías explicarme por qué dejas que el centeno se pudra? —preguntó don Belengario mientras tomaba en sus manos mixtura de harina de color grisáceo.

EL JUICIO DE DIOS

Orosia sospechaba de los perversos efectos del corne-zuelo, pero, aunque intentaba siempre quitar sus restos de la harina, no lo conseguía. Durante un tiempo, como experien-cia, estuvo alimentando a uno de sus gatos con este pan impuro. Al cabo de unos meses, una gangrena hizo perder al animal parte de su pata derecha delantera, al día siguiente el resto, poco después la cola... y así hasta la muerte.

Desde ese momento, Orosia sospechaba que el corne-zuelo era el responsable del fuego de San Antonio que tan duramente castigaba todos los años a los más pobres. Los ricos nunca consumían pan que no fuera tan blanco como el culo de un niño, así que nunca contraían la enfermedad; en cambio, eran muchos pobres los que la desarrollaban y mo-rían tras paralizárseles primero una parte del rostro y luego perder lentamente sus extremidades hasta quedarles solo el tronco en una agonía macabra que duraba días.

—Páter, no lo dejamos pudrir, pero es imposible impe-dirlo. La humedad es constante y, aunque lo renovamos a menudo, nace la plaga. Es muy poco, pero cuando lo llevamos al molino del señor siempre nos devuelve la harina con él —todos los campesinos tenían la obligación de llevar su grano a moler en el ingenio de don Galindo. Allí solían mezclar sus granos con otros de peores condiciones de tal manera que el conde se nutría, maliciosamente, de la mejor harina.

—No culpes a tu señor de tu negligencia —don Galindo seguía observando la escena sin intervenir, seguro de su postrera oportunidad—. ¿Conoces sus propiedades?

—No —respondió Orosia agachando la cabeza.

—Espero que sea como dices, porque es un ingredien-te muy utilizado por las brujas para sus viajes. Quien lo consume se vuelve irracional y comete las más atroces acciones, poseído por el Demonio. ¡Quemadlo todo!

—Señor, no podéis hacerlo, moriremos de hambre este invierno —objetó Orosia arrodillándose.

—¡Quemadlo todo! —repitió enérgico—. Es mejor que se consuma a que ardáis en el Infierno todos los que vivís en esta casa del Diablo.

Don Belengario, don Galindo y su hueste abandonaron la casa mientras surgía un humo grisáceo de la parte posterior de la vivienda, producido por las hierbas y los cereales consumidos. Se llevaron con ellos algunas de las plantas halladas en la despensa de Orosia que servirían como prueba en el juicio. Ésta permaneció allí con sus hijos que, asombrados, observaban la escena sin comprender todo el horror que les acechaba. Pronto vendrían sus vecinos y amigos a contarles lo sucedido esa mañana.